

LIBRES TRAS LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

ALEJANDRO SERANI MERLO*

Una trayectoria intelectual

Se dice que un investigador, a lo largo de su vida, escribe un único libro, en el que intenta expresar, de los modos más variados, una sola y gran intuición intelectual. Intuición que, por lo demás, se captaría de modo oscuro, pero certero, en etapas muy tempranas de la existencia. Pienso que, en mi caso, esa intuición central tiene que ver con la contemplación admirada de la originalidad y la diversidad de la vida, en sus múltiples manifestaciones, desde el musgo más elemental, pasando por la riqueza variopinta de la vida vegetal y animal, hasta llegar a la originalidad de la vida humana, para desde ahí levantar la mirada y dejarse atraer a la riqueza insondable de la vida divina. En el forjarse de esta disposición de espíritu, estimo que influyeron dos elementos principales. La vida de infancia en el campo, en contacto cotidiano con la naturaleza, y el descubrimiento de la vida espiritual personal, cultivada y aprendida al alero de las enseñanzas del Beato Josemaría. De su mensaje recibí además, como niño y adolescente, el fomento y el gusto por la buena literatura; la sensibilidad artística (en mi caso principalmente a través de la práctica de la fotografía, afición que hasta el día de hoy conservo); la práctica

de los deportes; y, a través de excursiones y trabajos sociales de distinto tipo, la preocupación por conocer la realidad de la gente de mi país, apreciando sus riquezas y solidarizando con sus problemas y desafíos.

Mi decisión de estudiar Medicina estuvo motivada por la atracción que ejercían sobre mí las ciencias naturales, el interés por comprender más en profundidad la realidad humana, y el deseo de ayudar a los enfermos. Durante mis estudios fui ayudante de docencia y de investigación en la cátedra de Fisiología, donde mis maestros me inculcaron la motivación por comprender el complejo funcionamiento orgánico, no sólo en el detalle de sus partes, sino también de manera integrada y unitaria. El interés por la comprensión del comportamiento animal me condujo más tarde, una vez finalizados mis estudios de Medicina, al campo de la neurofisiología, donde la intelección de funciones tales como la cognición, las emociones, la memoria y la conciencia, aparecían como la meta final a la que apuntaban, en definitiva, todos los estudios acerca del funcionamiento neuronal.

La toma de conciencia de la naturaleza últimamente filosófica, de los problemas para los que —a través de

* *Alejandro Serani Merlo (7-XI-1955): Chileno, casado, ocho hijos. Médico Cirujano por la Universidad de Chile (1979), Profesor Auxiliar de Neurofisiología en la Facultad de Ciencias Biológicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1980-1982). Estudios de Filosofía y Teología en el Centre Indépendant de Recherche Philosophique de Toulouse, Francia (1982-1986). Doctor en Filosofía por la Universidad de Toulouse «Le Mirail», Francia (1986). Profesor de Neurología y Bioética en la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1987-1997). Desde 1998, Profesor en las Escuelas de Medicina, Psicología y Filosofía de la Universidad de los Andes, Santiago de Chile. Es autor de «Ética Clínica: fundamentos y aplicaciones» y «El viviente humano: estudios biofilosóficos y antropológicos». Tiene publicaciones en Neurociencias, Bioética y Filosofía.*

la neurofisiología—, yo esperaba tener una respuesta completa, me hizo ver la necesidad de complementar mis estudios científicos con estudios filosóficos. Lo que comenzó siendo una preocupación autodidacta, culminó en la decisión de suspender mi trabajo en el laboratorio de investigación científica, al que desde muy temprano en la universidad había pensado dedicarle toda mi vida profesional. Estimo que la libertad de espíritu que aprendí en el estudio de la vida del Beato Josemaría, fue decisiva a la hora de tomar una decisión, que ni mis maestros ni mis padres, pero sí mi esposa, comprendieron.

Pude realizar mis estudios de filosofía en Toulouse, Francia, con un grupo admirable de amigos y discípulos del filósofo Jacques Maritain. El amor a la Iglesia en toda su riqueza y variedad, y la apertura de mente aprendida del Beato Josemaría, me permitió trabajar codo a codo, durante varios años, con mis maestros y condiscípulos de la comunidad de los Hermanitos de Jesús y del Convento de los Dominicos de Toulouse. En Toulouse comprendí en profundidad, algo que ya había venido escuchando y viviendo del mensaje del Beato Josemaría: que para el cristiano que busca la sabiduría, el estudio de la filosofía pide continuarse en aquella inteligencia de la fe que es la Teología, y en aquella sabiduría que deriva de la vida del cristiano *según el Espíritu*. Pienso que un investigador cristiano no ha encontrado todavía su *forma intelectual* adecuada, mientras no haya ingresado en esta vía del cultivo equilibrado y armónico de estas tres formas de la sabiduría: filosófica, teológica y mística.

El estudio filosófico de la naturaleza de los seres vivos en general, y del sistema nervioso y la vida mental en particular, acaparó mi atención a la hora de hacer mi tesis de doctorado. En una época en que ya hacía algunos años que los problemas bioéticos comenzaban

a ser de público concernimiento, la necesidad de una modernización científica y de una rehabilitación cultural de la Filosofía de la Naturaleza se hacía imperioso. A la hora de discutir y de resolver los problemas bioéticos, se pasaba con demasiada facilidad, desde las consideraciones científicas a las consideraciones éticas, sin percibir la necesidad de comprender previamente el significado ontológico de los datos y conceptualizaciones científicas. La normativa ética o jurídica acerca de cuestiones como la manipulación del genoma humano, la procreación técnicamente intervenida, la determinación de la muerte, la regulación de la fertilidad, el trasplante de órganos, y muchas otras, requiere una comprensión integral y no reduccionista de la naturaleza humana, y de la significación antropológica y ética de las intervenciones que se proponen. Como algunos grandes intelectuales percibieron con nitidez en el siglo XX, esta tarea de juicio sapiencial sobre los datos y conceptualizaciones empíricas, y sobre las acciones de la técnica, es tarea propia de la Filosofía y no de la Ciencia Experimental; y sobre todo de aquella parte tan descuidada de la Filosofía como es la Filosofía de la Naturaleza.

En una época en que las extensiones indebidas y las conclusiones precipitadas, que se transponen sin espíritu crítico desde la Ciencia a la Filosofía, la rehabilitación de la Filosofía de la Naturaleza parece necesaria no sólo para la Bioética, sino también para la Teología e incluso para la vida normal del hombre de la calle. En efecto, una falta de discernimiento epistemológico acerca del valor de las intuiciones del conocimiento espontáneo de la gente común, ha conducido en los últimos tiempos a una suerte de ridiculización o denigramiento del llamado conocimiento de sentido común, sobre todo en lo que él nos aporta acerca del conocimiento de la naturaleza. Sin desconocer el carácter heteróclito y el valor desigual de lo que, de modo bastante impreciso solemos designar

como *sentido común*, una descalificación en bloque de todo lo que en él se contiene equivale a privar de sus fundamentos al conjunto de toda la Filosofía y de la Ciencia. En efecto, el edificio entero del saber humano no es otra cosa que un intento por responder, de un modo profundo y refinado, a los interrogantes que surgen desde el conocimiento espontáneo del hombre de la calle. Si de modo indiscriminado, todo el conocimiento de sentido común que subyace a la tradición histórica humana, hubiese de ser descartado, en virtud de los así llamados *descubrimientos de la ciencia*, toda nuestra historia, humana y divina, tendría que ser reescrita en estas nuevas categorías *iluminadas*, sobre las cuales, por lo demás, reina entre los distintos científicos la más completa discrepancia.

En las discusiones contemporáneas acerca de la llamada «Filosofía de la mente», suele figurar en carácter de presupuesto implícito, un «dogma materialista», en el cual se afirma sin atenuaciones que la vida mental es producida por el sistema nervioso. En este contexto se entiende que la tarea de la ciencia es explicar cómo esto ha sido posible en el tiempo, en virtud del modelo mecanicista-darwinista de la evolución y cómo esto es posible hoy en la ontogenia del individuo; el papel de la filosofía, por su parte, pareciera quedar relegado al de intentar dar cuenta de por qué esta explicación a pesar de haber resultado tan difícil, seguiría siendo posible. En este contexto, no sólo desaparece, sino que queda obliterada la posibilidad de una comprensión racional del ser humano, como criatura singular en el concierto de la naturaleza, capaz de autogobernarse en virtud del conocimiento intelectual y del deseo libre voluntario, y de llegar a plenitud en la realización del bien y la contemplación de la verdad. Más distante aún de estas categorías antropológicas y epistemológicas científicas se encuentra la posibilidad de una comprensión racional de todos los seres de la naturaleza como

seres creados por Dios, y del hombre en particular; llamado a participar de la vida íntima de conocimiento y de amor en Dios, en la contemplación cara a cara de la Trinidad.

Una Filosofía de la Naturaleza capaz de apreciar y de rescatar el valor de verdad de los datos científicos y de las conceptualizaciones a ellos asociados, es una necesidad imperiosa de nuestra cultura. Necesaria para recuperar tanto en el intelectual como en el hombre de la calle, una visión contemplativa y admirada de la naturaleza, que sea un camino para abrirse a la consideración de las realidades espirituales, y que les permita dar a gracias a Dios por el don de la vida. Una Filosofía de la Naturaleza que pueda ser el fundamento racional de una Teología de la Naturaleza, y de una experiencia mística en la contemplación de amor de las criaturas. Esta es, en breves trazos, la aventura intelectual a la que, sin preverlo, me he visto llevado, y de la que, estoy seguro, sin el ejemplo y el estímulo del Beato Josemaría, me habría desviado en mil oportunidades.

Raíces de libertad

Para mí el mensaje del Beato Josemaría acerca de la libertad del hombre ha sido particularmente iluminador para los temas de la Ética de todos los tiempos, y para su integral comprensión. Se trata de la idea cristiana que él se hacía de la libertad humana, sobreelevada, confortada y asistida por la Gracia divina y las consecuencias que extraía de ello para la vida del hombre común. Si, en principio, el cristiano es capaz de llegar a compartir con el no cristiano o con el no creyente, todos aquellos criterios de orden moral que dicen relación con cuestiones de ley natural, no es menos claro que la claridad racional con respecto al bien, no es sino el primer paso en su

consecución efectiva. Resta que la persona consciente del bien a realizar se adhiera *afectivamente y efectivamente* a él. Esto es, que haciendo uso de su libertad, busque, determine y ponga en ejecución los medios para alcanzarlo y perseverar en su realización

Sin embargo, la capacidad del ser humano para realizar libremente la verdad, la belleza y el bien, se ve en la práctica tantas veces traicionada que no son pocos los que han llegado a dudar de su realidad. El Beato Josemaría, en su homilía, «*La libertad, don de Dios*», pronunciada en 1956, nos señala que como hombre que es, no desconoce este *claroscuro de la libertad*¹, como él lo llama. No se cierra los ojos frente a este sino, que parece ineluctable. Sin embargo, él supo hacer una lectura esperanzada de ese destino en apariencia fatídico y trágico. «*Nuestra Santa Madre la Iglesia se ha pronunciado siempre por la libertad, y ha rechazado todos los fatalismos, antiguos y menos antiguos. Ha señalado que cada alma es dueña de su destino, para bien o para mal... Siempre nos impresiona esta tremenda capacidad tuya y mía, de todos, que revela a la vez el signo de nuestra nobleza... Vuelvo a levantar mi corazón en acción de gracias a mi Dios, a mi Señor, porque nada le impedía habernos creado impecables, con un impulso irresistible hacia el bien, pero*—dice el Beato Escrivá citando a San Agustín— *“juzgó que serían mejores sus servidores si libremente le servían”...el Todopoderoso, el que con su Providencia gobierna el Universo, no desea siervos forzados, prefiere hijos libres. Ha metido en el alma de cada uno de nosotros—aunque nacemos **proni ad peccatum**, inclinados al pecado, por la caída de la primera pareja— una chispa de su inteligencia infinita, la atracción por lo bueno, un ansia de paz perdurable. Y nos lleva a comprender que la verdad,*

la felicidad y la libertad se consiguen cuando procuramos que germine en nosotros esa semilla de vida eterna» (n.º 24).

Ciertamente, «*la verdad, la felicidad y la libertad se consiguen cuando procuramos que germine en nosotros esa semilla de vida eterna*» (n.º 33). Dios nos ha dado además al crearnos tres elementos fundamentales que el pecado original ha debilitado pero no destruido: «*una chispa de su inteligencia infinita, la atracción por lo bueno, un ansia de paz perdurable*».

Es claro que esta actitud del Beato Josemaría no fue siempre bien comprendida por sus contemporáneos, él mismo nos lo dice: «*Cuando, durante mis años de sacerdocio, no diré que predico, sino que grito mi amor a la libertad personal, noto en algunos, un gesto de desconfianza, como si sospechasen que la defensa de la libertad entrañara un peligro para la fe. Que se tranquilicen esos pusilánimes. Exclusivamente atenta contra la fe una equivocada interpretación de la libertad, una libertad sin fin alguno, sin norma objetiva, sin ley, sin responsabilidad*». Esto mismo nos facilita a nosotros no sorprendernos de que, en ocasiones, no se nos comprenda cuando reivindicamos nuestra libertad, en tantas materias opinables como las que existen en la vida humana, y emprendamos, movidos por el amor a la verdad y por aquella caridad de Cristo, que nos duele y que nos urge, iniciativas que se salen de las rutinas.

Si por pluralismo se entiende que un cristiano pueda establecer un diálogo serio y honesto con cualquier persona movida por un sincero afán de buscar la verdad, independientemente de sus convicciones

¹ «...por el ejercicio de nuestra libertad podemos rendir o negar al Señor la gloria que le corresponde como Autor de todo lo que existe. Esa posibilidad compone el claroscuro de la libertad humana, Josemaría Escrivá de Balaguer, *La libertad don de Dios*, In: *Es Cristo que pasa*, Madrid, Rialp, 1990, numeración marginal 24.

previas, no se ve por qué un cristiano no podría entrar en un tal diálogo. Esto exige evidentemente un mutuo esfuerzo de comprensión, respeto y tolerancia, acerca del que se ha de estar consciente, y reconocer que es mucho más fácil de declarar que de practicar. Se trata de una disposición que es necesario desarrollar y que puede requerir de un arduo trabajo de autoeducación.

Un diálogo sincero de esta naturaleza representa una altísima exigencia intelectual y moral para el creyente, ya que éste ha de tener conciencia permanente de la fuente de donde extrae la evidencia de cada una de

sus afirmaciones, para tener claro qué es lo que verdaderamente puede o no puede compartir con su interlocutor, para poder entenderlo mejor y más lealmente, y para no violentarlo en su conciencia. Retomo aquí esas palabras del Beato Josemaría en Argentina, dirigidas a todos sus hijos sudamericanos «*Que sepáis ir del brazo de los que no piensan como vosotros. Que no os maltratéis jamás; que seáis hermanos de todas las criaturas*»². Esta muestra de respeto intelectual y de sincera estima personal puede ser, a la corta o a la larga, la mejor preparación para una común inteligencia de las verdades que se proponen a la investigación.

² Josemaría Escrivá de Balaguer, Palabras pronunciadas en el Teatro San Martín, Buenos Aires, Argentina, 16 de junio de 1974.